

las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo y desear ser despreciado. Y porque así suele suceder, que lo que unas veces por la gracia divina es manjar sabroso y sustento sólido, otras veces por nuestra flaqueza nos causa bascas y grandes congojas, por eso es consejo muy provechoso ejercitarse cada uno en su meditacion, poniéndose delante las injurias y afrentas de Jesucristo, y otras semejantes que le pueden suceder á él, y ensayarse en la paciencia dentro de su pensamiento, como si ya estuviese presente la ocasion. Porque estando así ejercitado á sufrir en lo secreto estas injurias imaginadas, estará más dispuesto á sufrir en lo público las verdaderas.

CAPÍTULO XXII.

DE OTROS EJERCICIOS DE HUMILDAD EN LAS PALABRAS
Y EN LAS OBRAS.

DESPUES del propio conocimiento, que es ejercicio que pertenece al pensamiento, hay otros ejercicios de humildad que pertenecen á las palabras y á las obras. Y lo primero, quanto á las palabras se debe atender en que sean ajenas de toda vana ostentacion. Porque el medio de que ordinariamente usan los vanos, es hablar grandiosamente de sí mismos y de sus cosas. Por lo cual dijo el Profeta ¹: «Destruya Dios los labios enga-

¹ Psalm. XI, 4, 5.

ñadores, y la lengua que habla cosas grandes: de los que dicen, nuestra lengua engrandeceremos, nosotros somos señores de nuestra boca. ¿Quién es nuestro dueño que nos pueda ir á la mano?» Aquellos engrandecen su lengua, que no miden sus palabras con la verdad de lo que son en sí mismos, sino con la estimacion que desean tener acerca de los otros. Y aquellos se dicen que son señores de su boca, cuando no la tienen sujeta á la verdad, sino que su boca es medida para dar á las cosas el punto que ellos quieren, y quiérensele dar tan grande, quanto puede alcanzar la elocuencia de sus palabras. Este vicio es del todo contrario á la humildad que buscamos; la cual, así como en el pensamiento siente de sí misma bajamente, así en las palabras aborrece el hablar de sí altivamente. Sea pues el cuidado del verdadero humilde, primeramente no engrandecer sus cosas, ni claramente (lo cual es cosa feísima y muy odiosa) ni disimuladamente; en lo cual tienen algunos grande industria en buscar y traer las ocasiones para sustentar la conversacion siempre con historias de sus hazañas y ponderaciones de sus excelencias; y de lo que está lleno el corazon se les viene sin advertir á la boca, y como están llenos de sí mismos, así no aciertan á hablar de otra cosa sino de sí mismos. Y muchas veces como diestros pilotos disponen las velas de manera, que navegan á donde quieren con viento contrario; porque diciendo mal de sí se alaban, y deshaciendo sus cosas las engrandecen, y mostrando alguna voluntad de que los demás las desestimen, los incitan y fuerzan á que se las alaben; y no pueden usar en esto de tanto artificio, que fácilmente no se dé á conocer su secreta vanidad. Porque así como cuando está presente alguna materia corrompida, por secreta que esté, se viene luego á las

narices el mal olor; así por mucho que se quiera encubrir, les da luego á todos en rostro el mal olor de la jactancia y ambicion. Póngase pues á sí mismo esta ley el hombre cuerdo y humilde, de no hablar de sí ni de sus cosas, sin grande y conocida necesidad, y entonces con mucha cautela y modestia. En todas sus palabras se trate como quien se conoce y está olvidado de sí; y como quien desea ser olvidado y no ser conocido de los otros; porque muy verdadera es la sentencia de *Contemptus mundi* que dice ¹: «Apenas hallarás otra cosa en que más te convenga morir á tí mismo, como es en no mostrarte, etc.»

Y en esto puede dar principio á los ejercicios de la humillacion propia, que consisten en la obra. Primeramente, no haga ostentacion de sus talentos y habilidades, sino cuando la obediencia, ó la caridad de Dios ó del prójimo le obligaren á ello. Porque el siervo perezoso que fué condenado porque escondió su talento, no se le hizo cargo sino porque no le puso en trato para grangear con él, y aumentar la hacienda de su Señor; que por lo demás antes era de alabar que tuviese bien guardado el caudal que se le habia encomendado, donde no le codiciasen y se lo robasen los ladrones. Porque, como dice el bienaventurado san Gregorio, el que lleva manifesto su tesoro, él mismo va convidando para que le despojen de él. Y Cristo nuestro Señor que predicaba públicamente en el templo y en las sinagogas, en las calles y en las plazas, en el campo y en la ciudad, en la mar y en la tierra, delante del rey Herodes no quiso hablar una sola palabra: y el que hacia liberalmente los milagros en beneficio de cuantos enfermos llegaban á

¹ Lib. III, c. 49.

él, á instancia del rey Herodes no quiso hacer un solo milagro; y siendo como una fuente pública y patente de doctrina y de salud, de donde todos cogian luz para sus almas y remedio de las necesidades del cuerpo, se secó del todo cuando la doctrina y los milagros no podian servir sino de vana ostentacion. Esta doctrina condena todas las negociaciones que se hacen para tener los oficios ó gozar de las ocasiones en que uno haya de lucir y darse á conocer, como son entre los que profesan letras los argumentos, las conclusiones, los actos, las presidencias, los magisterios, las cátedras y los sermones, y en todas estas acciones y otras semejantes las precedencias de unos á otros. Mucho es de desear que los maestros y los predicadores tengan tanto desprecio del mundo y de sí mismos, como es el que predicán y enseñan. Y mucho es de temer que, estando en puestos tan altos, el viento de la vanidad no apague la candela que, para alumbrar á los demás, se habia puesto sin otra defensa sobre el candelero. El hombre es muy flaco cuanto á este punto, de lo que los otros sienten y juzgan y hablan de él; y pocas veces está uno tan muerto, que el tocarle en una parte tan viva no le cause mucho dolor. Y como los predicadores salen tan á menudo á visitas, si no tienen espíritu de humildad para enseñorearse de los oyentes, el espíritu de vanidad los sujeta y los fuerza á que respeten como á jueces á los que habian de enseñar como á discípulos, y que lisonjeen como á mayores á los que habian de reprender y corregir como á súbditos; y la sal desvanecida no solamente no tiene fuerza para salar, pero es pisada y anda debajo de los piés por haberse querido subir sobre la cabeza. Y generalmente hablando, el apetito de la propia excelencia en todos los oficios y ocupaciones solicita á los hombres á que procuren las

ocasiones de lucir y de mostrarse, siendo verdad que apenas hay otra cosa en que más convenga morir á sí mismo, como es en no mostrarse. Digo pues que negociar estos empleos lucidos, y pelear por ellos, y formar agravios si no se alcanzan y si otros son antepuestos, todo esto bien puede ser que nazca de flaqueza y de ánimo poco alentado á la mortificacion; pero no puede nacer de buen espíritu por mucho que se quiera dorar con razones de la mayor gloria divina. Pues dice el Apóstol ¹: «Habiendo como hay entre vosotros celos y contiendas, ¿por ventura no sois carnales, y procedéis, no segun Dios, sino conforme al sentir de los hombres?»

A este ejercicio de no pretender ni desear las ocasiones de lucir y mostrarse, se sigue otro de acomodarse con gusto á las ocupaciones humildes, y al trato y comunicacion de las personas humildes. Que lo uno y lo otro pretendió san Pablo cuando dijo ²: *Non alta sapientes, sed humilibus consentientes*. Que fué tanto como decir: Ni vuestras palabras, ni vuestras obras no tengan sabor ni resabio de altivez, sino antes os aplicad á las ocupaciones y á las personas humildes. Esto es: trataos de manera que las ocupaciones humildes os vengán bien, y que no desdigan de vuestro comun modo de proceder. Porque los que son altivos siempre buscan ocupaciones de su tamaño, y andan, como dice el Profeta ³, en cosas grandes y en cosas admirables, que son sobre sí. Y no tienen menos dificultad en acomodarse á tratar con personas humildes, desdeñándose de su conversacion y amistad, y aspirando siempre al trato de personas grandes, de cuya familiaridad se les pega la lepra de

¹ I Cor. III, 3.— ² Ad Rom. XII, 16.— ³ Psalm. CXXX, 1.

que ellos están inficionados, de distraccion, seglaridad y soberbia. Indicios de esta enfermedad son, tener fastidio de tratar de materias espirituales y devotas, trayendo siempre el gobierno del mundo en la boca, y buscando para comunicar sus discursos, aquellos solamente que son tenidos por discretos y cultos; avergonzarse en cierta manera de estar sujeto á la obediencia, y atado á la observancia, y necesitado á vivir por licencia de otro; mirar los empleos ordinarios de los demás, como cosa de poco tomo, y juzgar de sí, que nació para cosas mayores; llevar con molestia la pobreza, y buscar cosas más acomodadas y curiosas que necesarias: todos los cuales son efectos de secreta soberbia, que como presume de sí que hace ventaja á todos, así se avergüenza si no tiene alguna singularidad sobre todos; y tiene por mortificacion ser medido con la medida de los otros. Pero el verdadero humilde se honra en ser como uno de todos, y en que le dejen igualarse con los demás, porque se tiene por inferior á todos; y él se pone en lugar tan bajo, que ninguna persona hay tan baja, que no tenga entrada llana para tratar con él. Y esto llamó el Apóstol no sentir altivamente, y consentir en las cosas humildes; lo cual se hace humillándose tanto, que las cosas humildes se acomoden bien con él.

Algunos han dudado, si lo que se ha dicho en materia de humildad y de abrazar con efecto las injurias, oprobios y menosprecios, y alegrarse con los falsos testimonios, no solamente se ha de practicar cuando se trata de la honra de cada particular, sino tambien quando se trata de la honra de toda la Religion, ó de las personas insignes de ellas en letras ó en santidad. Porque no parece que puede ser reprehensible lo que se hace por volver por la honra de la Religion ó de los santos pa-

dres y fundadores de ella. A lo cual respondo, que la honra de los santos se ha de defender santamente, y la de la Religion religiosamente. Y si la honra de que se trata es honra vana y mundana de precedencias y puntonores, semejantes á los de los seglares, ¿cómo se puede dudar sino que será de mayor servicio de Dios ceder en estas cosas, principalmente cuando no se puede pelear por ellas sin daño de la caridad y de la edificacion de los seglares que están á la mira? Y siempre que se pusiere á riesgo el buen ejemplo que deben dar los religiosos, de hombres que han renunciado al mundo, se deben inclinar á la humillacion, y poner su honra en ser humildes, y su deshonor en ser ambiciosos. Porque ¿de qué sirve ponerse en armas para sustentar en los santos los puntos de honra que ellos pisaron, y por haberlos pisado fueron santos? Y bien se echa de ver que no los honramos á ellos peleando por la honra vana que ellos aborrecieron; y lo más cierto es, que á título de honrar los santos, nos queremos honrar á nosotros mismos. Bien dijo aquel filósofo de los poetas antiguos, que en sus fábulas habian atribuido las cosas humanas á los dioses, y fuera mucho mejor que hubieran trasladado á los hombres las divinas: así solemos nosotros volver por nuestros santos, como si estuvieran apasionados con nuestra ambicion; y fuera mucho mejor si nosotros cediéramos con mansedumbre, como si tuviéramos su humildad. Cuando el bienaventurado padre san Francisco Javier pasó á la India, le hicieron instancia que llevase un criado, porque parecia cosa indigna de la autoridad de un nuncio apostólico, que lavase por sus manos su ropa, y fuese por su misma persona á guisar su comida al fogon; y él respondió: Que mientras tuviese sanos sus brazos y sus piés, no habia menester ayudarse de los

agenos; y que él estaba cierto, que como no le viesen hacer ningun pecado, no perderia nada de su autoridad porque le viesen ocupado en oficios humildes. Santo y apostólico varon, que con la luz de Dios descubria la poca substancia que tienen estas ceremonias en que los hombres ponen su autoridad, y que el crédito de la Religion, que redundá en gloria de Dios nuestro Señor y provecho de los prójimos, consiste en el desprecio del mundo, y en el ejemplo de verdadera santidad.

§. CONCLUSION DE TODO LO DICHO.

De esta manera se debe persuadir el que de verdad trata de su aprovechamiento, que ha de romper guerra contra la honra mundana, y desear aquella solamente que se recibe de la mano de Dios, no pagándose de las mentiras con que los hombres se engañan, sino afirmándose en la verdad que conoce Dios. Porque lo que cada uno es en los ojos de Dios, eso es, y no más, como decia el humilde san Francisco. No quiera ser estimado sino como es, ni tratado sino como merece: si algo es y merece, vuélvale la gloria á Dios, como al autor de todo lo bueno. Y él desee pasar injurias y falsos testimonios; porque en estos falsos testimonios verá lo que él fuera de suyo si Dios no le tuviera de su mano, y tendrá materia de dar gracias á Dios porque no es todo aquello que le levantan, y mucho peor. Si en algun caso hubiera de volver por sí y por la verdad, sea solamente cuando se interesare en ello la honra de Dios, y entonces con tanta modestia y quietud, que se eche de ver que no le

mueve pasión de su honra, sino celo de la de Dios. Porque al siervo del Señor, como dice el Apóstol ¹, «no le está bien pendenciar con nadie, sino ser manso para con todos; no duro ni porfiado, sino sufrido y que con modestia reprenda á los que resisten á la verdad.» En lo demás abra los senos de su corazón para abrazar su propio desprecio y humillación, siquiera venga encaminada por medio de sus superiores, que le ponen en las ocupaciones y oficios humildes, y le desvian de los que tienen en los ojos de los hombres más resplandor, siquiera venga de sus enemigos, que con mala voluntad y contra justicia le deshonran; porque todo lo ha de recibir como de mano de Dios, que por estos medios despierta su espíritu para que se recoja dentro de sí mismo, y ponga toda su intención en agradarle á él, y parecer bien en sus ojos. No dé lugar á ninguna culpa, aunque sea venial, por defender la honra; y si se afirma en esta determinación tan necesaria, vendrá no sólo á despreciar la honra, sino á aborrecerla por los peligros en que se verá cada día de caer en algunas culpas por causa de ella. Y la experiencia le enseñará que para conservar limpia la conciencia, le será más fácil sufrir la deshonra, que no estorbarla antes que venga, ó descargarse de ella después de haber venido. Para que este ejercicio de humildad sea firme, ha de tener las raíces en lo más secreto y profundo del corazón con un desengaño cierto y claro de que es merecedor por sus pecados de toda confusión y desprecio. Y que el padecerlo á imitación y semejanza de Jesucristo, es honra mucho mayor de la que merece; y si Dios le hace tanto gracia de levantarle á la unión estrecha consigo, se hallará tan engolfado en el

¹ II Tim. II, 24, 25.

piélago infinito de la divinidad, que se pierda de vista á sí mismo; y estará tan fuera de sí y tan dentro de Dios, que no sentirá ni advertirá en sus propias injurias, como sea honrado y glorificado Dios. En todas sus palabras y obras se trate de manera, como quien está olvidado de sí y desea que los otros se olviden de él: no busque ocasiones de lucir, sino de esconderse; y si quiere ejercitarse provechosamente, desee que no le conozcan, y que le estimen en nada; y saldrá más presto con esta pretensión, que con la contraria; y experimentará estando vivo, cuán presto será olvidado después de muerto. Porque el día que no mirare por sí, los hombres se descargarán de buena gana de este cuidado de cumplir con él; y como dice el Profeta, será olvidado de corazón, como son olvidados los muertos.

CAPÍTULO XXIII.

QUE ESTE EJERCICIO DE HUMILDAD ES PARTICULARMENTE
NECESARIO Á LOS MINISTROS DEL EVANGELIO.

ESTE ejercicio que habemos resumido, es el tercer paso de la vía iluminativa, sin el cual no pueden los proficientes aprovechar en las virtudes, ni gozar de la paz y unión con Dios. Lo cual afirma claramente *Contemptus mundi*, cuando dice ¹: «Y si no me aparejo á tanto que

¹ Contempt. mund. l. III, c. 41.